

ILEANA RODRÍGUEZ / MÓNICA SZURMUK
(editoras)



MEMORIA Y CIUDADANÍA

Ensayo / Literatura
**EDITORIAL
CUARTO PROPIO**

Esta publicación se realizó con el aporte de
Instituto Mora y Ohio State University.



MEMORIA Y CIUDADANÍA
© Ileana Rodríguez / Mónica Szurmuk
(editoras)

Inscripción N° 172.190

I.S.B.N. 978-956-260-446-8

© Editorial Cuarto Propio
Keller 1175, Providencia, Santiago
Fono/Fax: (56-2) 341 7466
E-mail: cuartopropio@cuartopropio.cl

Producción general y diseño: Rosana Espino
Edición: Pamela Pantoja
Composición: Producciones E.M.T. S.A.
Impresión: ALFABETA Artes Gráficas

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE
1ª edición, julio de 2008

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile
y en el exterior sin autorización previa de la Editorial.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

ILEANA RODRÍGUEZ Y MÓNICA SZURMUK / Intersecciones
entre la Memoria y la Ciudadanía 9

SOBRE LA CIUDADANÍA 13

ILEANA RODRÍGUEZ / Ciudadanías abyectas:
Intervención de la memoria cultural y testimonial
en la *res publica* 15

ALEJANDRO MONSIVAIS / La ciudadanía a debate:
Memoria, no-dominación y esfera pública 39

ARTURO ARIAS / Entre mayas y letrados: Emergencia
de la memoria indígena en la Guatemala
de postguerra 65

JOSEBE MARTÍNEZ / Para una arqueología de la
memoria histórica en España. El exilio de 1939 91

FERNANDO BLANCO / La cura: Memoriales en disputa 115

NORA STREJILEVICH / El antisemitismo en la
Argentina: siempre presente, nunca admitido 141

REFLEXIONES DE ORDEN TEÓRICO 169

CRISTINA RIVERA GARZA / (Con)jurar el cuerpo:
Historiar y ficcionar 171

SILVANA RABINOVICH / Lectura y subjetividad:
actos de memoria 195

PILAR CALVEIRO / Testimonio y memoria en
el relato histórico 207

EL ANTISEMITISMO EN LA ARGENTINA: SIEMPRE PRESENTE, NUNCA ADMITIDO

Nora Strejilevich¹

Introducción

Este artículo habla del descuido que la comunidad judía-argentina tuvo respecto a la ofensiva contra los judíos emprendida por la dictadura militar en Argentina (1976-1983). La pregunta que organiza el texto es “¿cuándo debe sonar la alarma para defender a los judíos de otros países?” y “¿a qué judíos nos estamos refiriendo?” El trabajo no hace más que poner en evidencia instancias de memorias, unas tras otras, que muestran que la ofensiva militar argentina iba dirigida contra todos los “subversivos” y “terroristas,” pero venía acompañada de aspectos antisemitas que se notaban en la peculiar manera de tratar a un detenido judío. Pero además, el artículo enfatiza que el terrorismo de Estado que caracterizó a la Argentina de esos días estaba alentado por una ideología nazi que se manifestaba no sólo en la palabra injuriosa proferida contra un detenido por ser judío, sino también en la serie de símbolos pintados en las paredes, svásticas, y vivas a Hitler.

Además de que el texto está muy bien argumentado y muy bien narrado, por ejemplo, las entrevistas directas que vienen a demostrar en concreto la tesis de la autora, en él subyacen cuestiones referentes directamente a las ciudadanías. Yo me preguntaba, a medida que leía, cómo entender, desde fuera de la cultura judía, una propuesta que implica el ser nacional de una cultura específica. Pensaba que el texto llamaba la atención primero sobre el tratamiento particular que se le daba al detenido judío; segundo, sobre la analogía entre

¹ Universidad Estatal de San Diego, Ca, USA.

nazi-fascismo alemán y terrorismo de Estado argentino, sobre todo en el cambio de nombre de “campo de detención” a “campo de concentración;” y tercero, sobre la facilidad de desnacionalizar al judío. Es notable reconocer cómo el antisemitismo emerge en el interrogatorio y cómo el uso de la ideología antisemita contribuye a hacer un caso de excepción dentro del ya estado de excepción del detenido. Por ejemplo, la idea de que los judíos son una comunidad que conspira para apoderarse del mundo, vino a jugar un papel principal. La idea más fecunda que se me ocurre a partir de la lectura de este texto es la de la judaización de toda posición de oposición. Con esto quiero decir que toda persona que se opone a un Estado pasa de inmediato a ser un sujeto a-estatal a-estatal, un no-ciudadano.

Otra idea importante concierne justamente a la nacionalidad. El judío argentino es judío y es argentino. Participar políticamente indica justamente un compromiso ciudadano y denota un sentido de pertenencia nacional, pero eso no quiere decir dejar de ser judío. Pero la paradoja que plantea Strejilevich es que el judío militante sufre un doble desconocimiento: lo desconoce el Estado argentino y lo desconoce la comunidad judía. Dos son entonces las advertencias: la primera es en qué momento la comunidad judía mundial ha de ingerir en el maltrato que se le da a un judío en una nación cualquiera; y en qué medida la comunidad nacional judío-argentina reniega de sus miembros si se involucran críticamente en la política nacional. Y algo más: hay aquí una discusión de cómo opera el discurso hegemónico, de cómo convence, de cómo produce sordera, y de cómo la gente compra un discurso democrático. La prueba de fuego a la que las nuevas ciudadanía someten a la memoria es aprender que no toda ofensiva adopta la misma forma, aunque la de la Argentina, con sus campos de detención y sus desapariciones, dejaba ver en claro que se trataba de nuevas formas de exterminio. Pero ni los campos de detención/exterminio, ni aun la destrucción de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA) logró despertar el sentido de alerta en la comunidad judía no militante durante esos años de dictadura. Creo que en este sentido, este texto responde a la siguiente pregunta: ¿De qué manera contribuye la conciencia de la intersección de la memoria y la ciudadanía para entender tanto

al sujeto del habla como a sus contextos totales ahí incluidos los disciplinarios, los psíquicos, los políticos, etc.? O ¿en qué contextos o tipos de contextos sitúa usted lo memoriado o memorializado?

Ileana Rodríguez

EL ANTISEMITISMO EN LA ARGENTINA: SIEMPRE PRESENTE, NUNCA ADMITIDO

Este ensayo da por sentada la existencia, en la Argentina, de un antisemitismo que se manifiesta en que el judío puede ser considerado, en cualquier eventualidad, *alienus*, instancia que subraya “la exclusión que da lugar a lo extraño, lo alienado, el enemigo” (Viñar 2003, 40). Lo curioso es que sólo recientemente se comienza a vislumbrar este hecho, a la luz de dos acontecimientos cruciales: la persecución contra la “subversión” encarada por los militares del “Proceso” (1976-1983), que se ensañó particularmente con las víctimas judías, y la bomba que destruyó AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina), asesinando a 86 personas el 18 de julio de 1994. Esa bomba transformó dicho centro comunitario y cultural en un hueco más que en una ruina: la detonación quiso dejar en su lugar un vacío, un borramiento.² Sin duda constituyó el mayor ataque antisemita post-Holocausto, y su impacto merece ser considerado no sólo a la luz del conflicto internacional del que forma parte, sino en función del horizonte inmediato —la Argentina postdictatorial en la que el aparato represivo de la dictadura se mantenía intacto.

La realidad es contradictoria, no hay un mensaje sino muchos. Lo que pasó en la AMIA es el *pogrom* más serio desde la Segunda Guerra Mundial,

² Cabe mencionar que la AMIA ha renacido de las cenizas en todo sentido. En el edificio que se contruyó en su lugar acaban de honrar a los judíos argentinos desaparecidos durante la dictadura argentina, en un evento realizado junto con la Asociación de Familiares de Argentinos Judíos Desaparecidos (diciembre, 2005).

es el lugar donde más judíos fueron asesinados al mismo tiempo, a pesar de todos los *pogroms* que hubo desde 1945. Esto nunca había sucedido antes. Había habido ataques contra judíos en Polonia, hubo uno terrible en 1946, pero era menor que éste. Si estamos tan bien, ¿cómo es que estamos tan mal? (Entrevista de la autora a Abraham Huberman, historiador, Buenos Aires, 1999).

En lugar de aferrarse a los avances o retrocesos de la investigación legal del caso, este ensayo propone abordar el antisemitismo endémico en la Argentina desde una perspectiva cultural, política y crítica. Lo grave es el odio, manifiesto o tácito, que existe en amplios sectores de una sociedad que tolera (y en ciertos casos aplaude) semejantes actos. Lo grave —y lo que intento dilucidar— es la sumisión de esta comunidad a un poder autoritario.

Lo que me interpela sobre todo, como argentina que sobrevivió un campo de concentración de la dictadura y fue acusada del grave crimen de ser judía desde el primer instante de su secuestro,³ es la paradoja de una comunidad que si bien nunca dejó de recordar las persecuciones a las que fue sometida por siglos, no fue capaz de registrar el peligro cuando se presentó, más acuciante que nunca, a partir del golpe de Estado de 1976. Además, me intriga el accionar de gran parte de una comunidad que, tras el ataque a la AMIA, se aferró a un paradigma punitivo que, si bien sirvió para desenmascarar el parentesco entre antisemitismo y Estado, no bastó para lidiar con un asunto que excede el marco de la ley. Por eso me propongo

³ Me aseguraron que el “problema de la subversión” era el que más les preocupaba, pero el “problema judío” le seguía en importancia y estaban archivando información. Me amenazaron por haber dicho palabras en judío en la calle (mi apellido) y por ser una moishe de mierda, con la que harían jabón [...] el interrogatorio lo centraron en cuestiones judías. Me preguntaban los nombres de las personas que iban a viajar a Israel conmigo. Uno de ellos sabía hebreo, o al menos algunas palabras que ubicaba adecuadamente en la oración. Procuraba saber si había entrenamiento militar en los kibbutzim (granjas colectivas), pedían descripción física de los organizadores de los planes como aquél en el que yo estaba (Sherut Laam), descripción del edificio de la Agencia Judía (que conocía a la perfección) (*Nunca más*. Nora Strejilevich).

abordar la compleja red de memorias, olvidos e interpretaciones entreverados con estos acontecimientos, considerando que “cuando una comunidad instituye sus textos, sus mitos, sus valores éticos y estéticos, está generando simultáneamente su margen: lo que se instituye como marginalidad y disidencia (Viñar 2003, 45). Lo más grave es que, en el caso argentino, lo que se estableció como margen fue exterminado.

La dictadura (1976-1983)

La sumisión contiene, en su núcleo, el olvido.

Alejandro Kaufman

El antisemitismo es un caso paradigmático de exclusión. Es evidente, hoy por hoy, “la creciente importancia del Holocausto como acontecimiento fundacional de la memoria, no sólo europea, [el Holocausto] se ha convertido en el acontecimiento nuclear negativo del siglo XX” (Dan Diner 2003, 43). Durante el período de la dictadura, sin embargo, la memoria de la *Shoá* no bastó para alertar a ciertos judíos sobre las nuevas formas que asumía el antisemitismo. Por eso la pregunta a formular, ante todo, es: ¿por qué esta memoria fundamental no bastó? Tal vez porque, como observa Giorgio Agamben, “a pesar de la vasta difusión que ha existido sobre las circunstancias históricas que lo rodearon, el significado ético y político del exterminio, e incluso [...] la simple comprensión humana de lo acontecido; es decir, en último término [...] su actualidad” (1999, 9), no han sido asimilados. El Holocausto parece resumirse en una serie de sucesos opacos cuya rememoración no ha servido para alertar a nuevas generaciones sobre peligros que, si bien no equivalen a la repetición de lo mismo, o justamente por eso, constituyen una reencarnación de lo atroz. “No sólo falta aquí algo que se asemeje a un intento de comprensión global, sino también el sentido y las razones del comportamiento de los verdugos y de las víctimas; muchas veces, hasta sus mismas palabras siguen apareciendo como un enigma insondable (7).

En el caso argentino, uno de estos enigmas es el ya planteado: la forma en que la comunidad judía pasó por alto el antisemitismo del "Proceso de Reorganización Nacional." La hipótesis que me parece más viable es que este antisemitismo no se parecía al que los judíos provenientes de Europa estaban acostumbrados a padecer. Ellos esperaban que, si surgía una amenaza, se pareciera a la conocida, la de la Alemania nazi (lo cual, justamente, indica un "conocimiento" que no comprende). Si el lenguaje político hubiera osado culparlos abiertamente por las tragedias del país, hubieran distinguido los ecos del racismo. Si los nacionalistas de derecha los hubieran perseguido abiertamente, si los campos de concentración se hubieran abierto sobre todo para ellos, hubieran admitido el peligro. Jorge Rafael Videla no utilizaba un lenguaje que los alertara porque nunca acusó a nadie de ser judío. Como no eran el blanco declarado del terrible privilegio del genocidio (destinado a los grupos políticos de oposición), se sintieron en tierra firme. Según ellos la amenaza real provenía de los verdaderos derechistas, ocultos entre los liberales (como Videla) que detentaban el poder. Por eso apoyaban a esos "militares liberales" (como lo hizo gran parte de la clase media argentina), aunque con cautela, midiendo el daño potencial de los "militares fascistas" que en cualquier momento podrían llegar a transformar la persecución política en racista. No detectaron que la "creación discursiva del poder" tácitamente los nombraba. Nunca advirtieron que la palabra subversivo tenía que incluir a los judíos, por apátridas.

La información sobre la situación argentina que llegaba en ese entonces al exterior generaba otra lectura, por ejemplo, en los Estados Unidos. Ya en 1978 el rabino Morton Rosenthal esbozó un cuadro que la dirigencia judía local prefirió ignorar:

Timerman está silenciado [...] y su periódico controlado y manejado por la armada. El que un periodista famoso en todo el mundo haya sido maltratado de este modo debería sugerirles a los dirigentes judíos que ellos podrían tener un destino similar en caso de ser demasiado francos (*The Jewish Advocate* 1978, 23).

Una segunda causa de preocupación era la prevalencia del anti-

semitismo en los campos de concentración del régimen (cuya existencia, desde ya, tendría que haber despertado la indignación de cualquier ser humano). Investigaciones realizadas desde entonces, comenzando por el *Nunca Más*, ratificaron la fuerte presencia del imaginario nazi entre los torturadores. Citaremos apenas una de las tantas declaraciones en este sentido, la de Elena Alfaro (27/6/85), sobreviviente de El Vesubio: "Las paredes estaban completamente forradas en telgopor, ese telgopor estaba quemado por cigarrillos, estaba marcado con muchísimas cruces esvásticas, con muchas insignias, con muchas frases como "Nosotros somos dios," "Viva Hitler," "Viva el general Videla" (Granovsky 1995, 67-68). Esta característica de las Fuerzas Armadas y de la Policía Federal se resume en un objeto recientemente identificado por el Equipo Argentino de Antropología Forense en las excavaciones realizadas en el campo de concentración "Club Atlético:" una gorra policial con la cruz gamada grabada en su interior.

El trato diferencial que recibían las víctimas en estos antros del horror se conoció incluso antes del Juicio a las Juntas (1985), a través del relato de testigos que no sólo describían los vejámenes que sufrían todos los "desaparecidos" sino que, además, destacaban la particular degradación que los torturadores le propinaban a las víctimas judías. Timerman denunció este hecho en *Preso sin nombre, celda sin número* (1981), donde cuenta que sus secuestradores les adjudicaban a los judíos proyectos de expansión universal.

En mi libro el tema judío es central porque, en los interrogatorios que me hicieron, nunca me preguntaron por mis relaciones con la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, ni con los elementos democráticos de la Iglesia, ni con los pocos elementos democráticos de las Fuerzas Armadas. Lo único que me preguntaban era sobre el Plan Andinia, por eso era central [...]. Si durante horas y horas me interrogan sobre el Plan Andinia, ése era el tema. ¡Nunca me preguntaron sobre mis relaciones con Alfonsín!

A mí, que me consideraban una de las cabezas principales del judaísmo argentino, me interrogaban sobre eso muy en serio, por gente muy experta en el tema judío, experta en el sentido de

ellos, ¿no? que conocían todos los nombres, todos los detalles, y que querían saber los planes que había para ocupar la Patagonia [...].

—*La Opinión* [...] publicaba los *Habeas Corpus* presentados por las familias. Eso, recuerdo, era lo que más los enfurecía porque era una evidencia de que había secuestros, el hecho de que tantas familias publicaran *Habeas Corpus*. Una vez publicamos una lista de 460, la primera lista de la Asamblea Permanente de los Derechos Humanos sobre los pedidos de *Habeas Corpus* de los desaparecidos [...]. Recién entonces se dijo, sí, está ocurriendo eso. Eso era lo importante, y por eso me arrestaron. [...] Poco después me secuestraron y en el libro digo que me secuestraron por todos estos motivos, pero que una vez que estaba en la cárcel me trataron como a un judío. Y es clarísimo, fue así. (Entrevista de la autora a Timerman, julio 1991.)

“La palabra que se cuele en la grieta sufre de exceso de connotación: sionismo, el fantasma político que sirvió para que los grupos nazis deliraran con *Los Protocolos de los Sabios de Sión*, un panfleto antisemita que detalla un supuesto complot de viejitos judíos para dominar el mundo”⁴ (Lanata 1994, 108). Estas expresiones no son sólo paranoicas, forman el entramado de contenidos simbólicos que nutren cualquier persecución, socio-política o racial. El “Plan Andinia” era el “imaginario complot judío para ocupar la Patagonia que fue difundido hasta el hartazgo por los antisemitas y simpatizantes nazis locales” (20-21).

Los judíos del norte insistían:

Tenemos información confiable respecto de que los judíos también son sometidos a un maltrato físico más cruel que los no judíos cuando son “levantados” para obtener información. Algunos, que

⁴ “Este tipo de lógica surge a principios de siglo con Los protocolos... que en esa época no fueron tan difundidos. En los años veinte fueron distribuidos masivamente, y con la Revolución Rusa cundió la idea de la conspiración “judeobolche,” es decir, la idea de que los judíos estaban detrás de la revolución.” (Entrevista de la autora a A. Huberman, 1999.)

han sido detenidos e interrogados por las fuerzas de seguridad argentinas, dijeron que los elementos nazis prevalecen, incluyendo símbolos y grabaciones de discursos y música nazi. Dado el clima de temor que prevalece, muy poco se dice o se hace para terminar con esta práctica (*The Jewish Advocate* 1978, 23).

La urgencia con la que este sector de la comunidad judía internacional quería denunciar la situación argentina generó debate entre varios dirigentes comunitarios de Chile, Argentina, Brasil y Uruguay, por un lado, y de Canadá y los Estados Unidos por otro. El ir y venir de interpretaciones respecto de qué debía hacerse terminó en una parálisis total. En el interín, aproximadamente un diez por ciento de los judíos argentinos fueron secuestrados y asesinados.

Las ideas del rabino brasileño Henry I. Sobel constituyen un perfecto ejemplo de la diferencia radical entre la posición de los judíos de Norteamérica y los de América Latina, más propensos a respetar las opiniones de los argentinos:

¿Cuándo debe sonar la alarma para los judíos del exterior?

En medio de las secuelas de la controversia generada el año pasado por el libro de Jacobo Timerman le solicitamos a Henry I. Sobel, un rabino de San Pablo, Brasil, discutir la cuestión de cuándo los judíos de un país deben reclamar por las amenazas percibidas contra los judíos de otro país. El rabino Sobel hizo las siguientes reflexiones:

No hay un “problema judío” en la Argentina

Para los judíos norteamericanos la Argentina se ha vuelto el foco de la controversia acerca de si “hablar o no hablar.” Especialmente después del *affair* Timerman, el cual contribuyó en gran medida a forjar la actual reputación de antisemitismo oficial en la Argentina. Lo cierto es que a los judíos les va bien en Argentina. Muchos de ellos se han hecho de una posición profesional y económica. Hay completa libertad religiosa y cultural, y las instituciones judías locales sirven de modelo a las comunidades judías latinoamericanas. Argentina se jacta de una completa red de escuelas judías, tanto como de asociaciones culturales y deportivas, que apuntan a mantener un fuerte compromiso judío. Hay más de 50 sinagogas

en el gran Buenos Aires, y más de 300 organizaciones judías en el país. El sionismo e Israel ejercen una poderosa influencia sobre la comunidad local, la sexta en orden de importancia numérica mundial, y las instituciones judías funcionan sin ninguna interferencia por parte del gobierno. Más aún, los judíos argentinos gozan de la libertad de dejar el país en el momento que lo deseen, llevando consigo todas sus pertenencias, dinero y divisas (*The Jewish Advocate* 1978, 23).

Estos criterios revelan que la pregunta sobre cuándo debe sonar la alarma para defender a judíos de otros países presuponía otra pregunta: ¿a qué judíos nos estamos refiriendo? En la Argentina de los setenta los judíos que el *establishment* admitía como propios no eran todos los nacidos de familias judías: los militantes de izquierda quedaban fuera de la lista. Por eso estos reportes sobre la vida de los judíos argentinos no incluían las desapariciones, por eso no se organizó una estrategia de salvataje para los perseguidos, ni se respondió con premura a los reclamos de los padres de los secuestrados. Sólo *a posteriori* se pudo reconocer el desastre, cuando ya era demasiado tarde. “El arduo trámite de reconocer y calificar al prójimo” (Viñar 2003, 41) llevó décadas.⁵

Lo que sucedió, entonces, fue que al antisemitismo arraigado en nuestras Fuerzas Armadas se le sumó otra forma de exclusión: la que

⁵ En septiembre de 2001 el Estado de Israel envió una Comisión Investigadora a Buenos Aires (cuyas funciones habían comenzado en el 2000), compuesta por el director general adjunto para América Latina del Ministerio del Exterior y titular de la Comisión (Pinjas Avivi), un representante “del pueblo” (Edy Kaufman), la directora del Departamento Internacional del Ministerio de Justicia (Irit Kahan), un historiador designado por familiares de desaparecidos judíos (Efraim Zardoff), una funcionaria del Departamento del Exterior del Ministerio de Justicia (Yael Presuman), y un funcionario del Ministerio del Exterior (Yoed Maguen). Durante su visita recibieron entre sesenta y setenta testimonios de sobrevivientes, se reunieron con entidades gubernamentales y no gubernamentales para discutir el tema, y trataron de elucidar lo sucedido con miras a buscar formas concretas de acción, dentro de ciertos marcos. La comisión concluyó con un informe de sus actividades, logros y sinsabores. El informe admite

se produjo entre los judíos comunitarios y “los otros,” los militantes.⁶ No es extraño que esto sucediera en nuestro país en los setenta, es decir, en un medio con limitados márgenes de tolerancia frente a conductas alternativas a las aceptadas como válidas. El judío activista no fue aceptado por el comunitario porque la resistencia como nueva forma de la subjetividad no se consideró parte del imaginario de la comunidad. Por otra parte, la resistencia presuponía el alejamiento de la cuestión judía (los militantes estaban comprometidos con la situación nacional como militantes, no como miembros de una comunidad en particular, y además evitaban ser acusados de “doble

que el encuentro no fue siempre cómodo: “Estuvieron quienes expresaron decepción frente a la actitud de Israel y su actuación. Muchos cuestionaron que hubiera pasado tanto tiempo hasta que se ocuparan del asunto, resultando difícil comprender por qué la Comisión se había creado 25 años después. No faltaron críticas relativas al limitado mandato de la Comisión, y la no inclusión de temas centrales como, por ejemplo, enjuiciamiento a criminales y análisis de la actuación de las autoridades israelíes durante el gobierno militar en Argentina [...]. Una voz reiterada relacionó el silencio de Israel ante el gobierno militar argentino —en lo atinente al rescate y protesta por los detenidos— con la venta de armas israelíes hacia Argentina” (www.mfa.gov.il/desaparecidos). En este estudio no se debate qué hizo la Embajada de Israel al respecto. Se interroga qué sucedió con los judíos en la Argentina.

⁶ Esta actitud de los judíos comunitarios se enfrentaba no sólo a los activistas judíos de la resistencia partidaria de la época, sino también a los judíos cuya militancia era de izquierda pero seguían preocupados por los temas identitarios. Me refiero a Herman Schiller y su periódico *Nueva Presencia*. Dice Schiller: “los judíos de la comunidad organizada fueron cómplices porque ellos la pasaron bien [...]. Hay que distinguir entre los judíos comunitarios, que empezaban a surgir económicamente durante la dictadura, como Beraja, y aquéllos que en todo momento se arriesgaron a denunciar lo que estaba pasando. Los comunitarios nos acusaban a los de izquierda de que nos disfrazábamos de judíos para hacer otras actividades de una manera encubierta. Este comentario apareció en el '76, en un artículo cuyo título era “Nueva Presencia, una publicación disfrazada de judía,” algo así. Además de un artículo en La Prensa que decía que los únicos que defendíamos a Timerman éramos los de la izquierda. Y nosotros en esa época defendíamos a Timerman porque estaba preso y lo torturaban por judío. Había que defenderlo, y lo hacíamos con todo. Ese era el clima de la comunidad.” (Entrevista con la autora, julio 1999).

lealtad” por el hecho de ser judíos y, aparentemente por este motivo, sionistas). Esta división entre judíos comunitarios y militantes condujo a la catástrofe.

El discurso del “Proceso”

Quien denomina, domina.

Marcelo Viñar

¿Por qué esta comunidad, como gran parte de la clase media argentina, aceptó el inaudito perfil liberal de militares como Videla?

La dictadura difundía su fe en la democracia y sus instituciones en un sinfín de discursos que insistían, a partir del golpe de 1976, en el valor del desarrollo del hombre en libertad. Lo curioso es que los judíos no oyeran, además de la paradoja de un golpe destinado a la libertad de la ciudadanía, que esos mismos discursos sostenían, a continuación, que los “subversivos” y la “antipatria” eran los culpables de la enfermedad del cuerpo social.

El país estaba enfermo, un virus lo había corrompido, era necesario realizar una intervención drástica. El estado militar se autodefinía como el único cirujano capaz de operar, sin postergaciones y sin demagogia. Para sobrevivir, la sociedad debía soportar esa cirugía mayor. Algunas zonas debían ser operadas sin anestesia. Ése era el núcleo del relato: país desahuciado y un equipo de médicos dispuestos a todo para salvarle la vida. En verdad, ese relato venía a encubrir una realidad criminal, de cuerpos mutilados y operaciones sangrientas. Pero al mismo tiempo la aludía explícitamente. Decía todo y no decía nada: la estructura del relato del terror (Piglia 1986, 113-114).

Los “subversivos” y los “corruptos” debían quedar excluidos del diálogo entre los sectores representativos de la vida nacional. La tarea, para los militares, era identificar estas “células cancerosas” mientras se fortalecía la unidad con el pueblo, principal beneficiario del Proceso. En otras palabras, se estaban tejiendo las redes imaginarias del terror

político. Es sabido que “el poder también se sostiene en la ficción. El estado es también una máquina de hacer creer” (113).

Los militares, al igual que cualquier demócrata, se deleitaban afirmando que cada hombre debe ser libre para elegir; que la libertad es una necesidad espiritual y la condición esencial para vivir en sociedad; que el bienestar social se logra cuando se protegen los derechos humanos de todos los miembros de la comunidad. Se referían, una y otra vez, a los derechos sagrados de propiedad, seguridad y, sobre todo, a la dignidad humana.

Roger Bartra describe las fuentes adicionales de legitimación que las sociedades democráticas requieren para lograr su estabilidad (2003, 80). A nuestras dictaduras les hacen falta esas mismas fuentes, ya que la mera fuerza es incapaz de lograr la estabilidad a la que todo sistema aspira: se requiere la aprobación ciudadana. La clase media argentina era un terreno fértil para que estos mecanismos surtieran efecto, ya que en su mayor parte aprobaba que una mano fuerte acabara con el caos. Por eso es que ciertos elementos discursivos liberales bastaron para “convencerlos” de las bondades del autoritarismo.

Esta comunidad es apenas un ejemplo de la relación que el sistema político y un sector de la población mantuvieron históricamente con el poder militar a lo largo de nuestra historia. Tal como nos recuerda Alain Rouquié:

En el sistema político argentino no hay dos esferas separadas alineadas como dos campos preparados para la batalla —el civil por un lado y el militar por otro. Es por esta simple razón que la intervención militar es, si no legítima, al menos legitimizada por grandes sectores de la opinión pública [...]. La intervención armada nunca fue rechazada por un bloque, como un peligro al libre desarrollo de la vida política o simplemente como “instrumento de las clases dirigentes.” Los militares eran, más bien, percibidos como difíciles, y a menudo como socios impredecibles en un juego complejo y a veces bizantino en el que nada podía hacerse contra ellos o sin ellos. [A partir de 1976] no sólo los civiles golpeaban las puertas de las barracas para resolver sus propios conflictos, también los oficiales buscaban apoyo civil para dirimir las luchas internas del “partido militar” [...]. Lo más sorprendente

no fue el aspecto contrarrevolucionario antiterrorista de la nueva versión del militarismo argentino. Lo que más llamó la atención fue que los actores políticos no militares se comportaran a la manera tradicional, o sea, minimizando la criminalidad demente del aparato represivo. A pesar de tener las manos manchadas de sangre, el partido militar permaneció siendo un socio legítimo (1989, 275- 277).

El poder militar era un socio que convocaba a todos los ciudadanos a luchar para defender la cultura occidental y cristiana.⁷ En sus comunicados y llamados se puede detectar el tono guerrero de sus consignas. El 5to. Regimiento del Ejército afirmaba: “Nuestras armas son nuestros ojos, nuestros oídos y nuestra intuición” e invitaba a usarlos, porque había que ejercer el derecho a la defensa familiar y social. “Ciudadanos, asuman sus deberes como Soldados de Reserva. Su información es siempre útil” (*La Nación*, 29 de marzo, 1976). La Junta enfatizaba: “El enemigo no tiene bandera ni uniforme [...] ni siquiera un rostro. Sólo él sabe que es el enemigo.” (General Roberto E. Viola, 29 de mayo, 1979). Margerite Feitlowitz consigna estas expresiones en *A Lexicon of Terror* y observa que la palabra clave, sobre todo en los discursos del Almirante Emilio Eduardo Massera, era *ciudadano*, un eco de las leyes nazis de Nuremberg que despojaron a los judíos de su ciudadanía. Se trata de una terminología potencialmente antisemita, ya que —para ese tipo de imaginario— los judíos encarnan la antipatria, lo subversivo, lo demoníaco (1998, 23).⁸

⁷ Desde principios del siglo XX, como explica Alain Rouquié, la oficialidad de nuestro país se sentía en posesión de derechos especiales en relación a la comunidad nacional y consideraba que el control social que presupone el servicio militar tenía importancia no sólo a ese nivel, sino a nivel político (1989, 96).

La importancia que cobra el ejército a ese nivel se conjuga con otro giro simbólico: en la década de los sesenta, los adjetivos “occidental y cristiano” empiezan a reemplazar al concepto de la nación-Estado en la jerarquía de lealtades de un oficial profesional (139).

⁸ Daniel Lvovich se refiere, en este sentido, a la tradición antisemita ideológica,

El relato militar, a su manera, lo decía todo. Y en los subsuelos del régimen lo decía con todas las letras. El lenguaje en los *campos* era la justificación flagrante del exterminio, sintetizada por el Capitán Acosta con palabras muy precisas: “Esto no tiene límites,” o “Sólo Dios da y quita la vida. Pero Dios está ocupado en otro lado, y somos nosotros quienes debemos ocuparnos de esta tarea en la Argentina.”

A pesar de todo, los judíos “comunitarios” no pensaron que este peligro les incumbía: ¿Cómo puede determinarse el límite del peligro cuando las distinciones son tan confusas? ¿Cuáles son los criterios para determinar la frontera entre lo que es y no es peligroso? ¿Cómo surge esta distancia? ¿Cómo se la mide? Justamente son estas distinciones ambiguas las que, históricamente, se asocian a consecuencias trágicas.

Parece haber un nivel de violencia al que uno se acostumbra y termina aceptando, como sucede con esas figuras retóricas que resultan perfectas siempre y cuando los judíos no sean mencionados abiertamente. La violencia se vuelve una rutina diaria, tanto que la sangre en la que se insertan ciertas variaciones terminológicas se torna invisible. Es así como algunos judíos se volvieron cómplices de una situación de la cual eran víctimas.

cuyo punto de inflexión dentro de las Fuerzas Armadas argentinas sería la década del '30: “lo llamo así para diferenciarlo del antisemitismo más elemental, prejuicioso, que en realidad no tiene efectos políticos; [en las Fuerzas Armadas] queda muy arraigado a partir de allí, sobre todo porque al mismo tiempo empiezan a encerrarse en sí mismas y aislarse del resto de la sociedad [...] El problema es justamente cuando este tipo de ideologías impactan en instituciones como las Fuerzas Armadas, como parte de una cosmovisión más amplia [...] [El] cambio de perspectiva que trae el conocimiento del Holocausto por un lado, y la irrupción del peronismo en la Argentina por el otro, a ellos no los afecta. Estos contenidos conspirativos del antisemitismo, a través de algunos intelectuales que formaron a muchas camadas de militares, permanecieron cruzados, además, con la Doctrina de la Seguridad Nacional... (véase Daniel Lvovich, historiador del antisemitismo en la historia argentina: “Los difusores argentinos del complot judío mundial.” (Entrevista de Luis Bruschtein, *Página 12*, 7/17 de 2003).

Esta sordera de algunos judíos ante las migraciones del discurso resulta paradójica ya que escuchar es la dimensión a la cual el pensamiento judío contemporáneo siempre retorna (Cacciari 1995, 137). Otra dimensión es la memoria, pero el judío comunitario se olvidó de que la persecución puede ser secreta y clandestina, que puede aparecer en el discurso estridente y monosilábico de las bombas, que puede tomar la forma de un libelo (su forma más simple), pero que también puede surgir a partir de cierta protección otorgada a la comunidad con el objetivo de garantizar su silencio.

Los judíos como blanco: los atentados de los noventa

... cruento atentado a una entidad judía...

—Más fuerte, por favor

El taxista sube apenas el volumen.

... la calle Pasteur... podría tratarse de un auto-bomba, porque el edificio fue demolido... La noticia me derrumba los esquemas que me tracé para hoy. En un segundo se dio vuelta el mapa y no cuenta otra cosa que ese agujero negro en el barrio de Once.

—En vez de ir hasta Paraguay, déjeme por Viamonte y Uriburu —le ordeno con la convicción que me nace de la sustancia gris del estómago. No le resulta fácil doblar, ni seguir por Callao. Desvían el tránsito y estamos atascados entre bocinas y sirenas. No escuché si fue en la Hebraica o en la AMIA, quién sabe si dijeron Lavalle y Pasteur o simplemente Pasteur. *Hay seguramente muchos desaparecidos entre los escombros...* más bien estacionamos en una película, debe ser eso, y el cine rara vez da todas las pistas, cosa de crear suspenso. Sólo que acá no hay suspenso, el final pasó cuando uno estaba apenas entrando en puntas de pie por el pasillo, no hay tiempo para ver a los protagonistas perfilarse en la pantalla durante esa hora que dura su vida antes de quedar atrapada en la tragedia [...]

El atentado sólo puede ser comparado con la voladura de la representación diplomática judía ocurrida el 17 de marzo de 1992...

¿Por qué no dicen embajada israelí? No entienden la diferencia, todavía. Claro que no deja de tener cierta lógica: si los judíos fuéramos argentinos, no seríamos judíos, así que debemos ser

extranjeros, y en cuanto tales, alguna embajada habremos de tener [...].

—¿Señora, qué le parece? ¿Por qué a los judíos siempre les pasan cosas así? [...].

—¿Cómo dice?

—Digo que por qué piensa que en todas partes los judíos tienen problemas [...].

—¿Y usted, qué opina?

—Mire, yo no es que tenga nada contra ellos, habiendo tantos científicos, artistas, escritores israelitas... pero por algo será que tanta gente no los quiere, no? [...].

—¿Por qué será?

—Bueno, debe ser que son egoístas, usted sabe que entre ellos se ayudan, pero a los demás...

Por suerte estamos casi en Viamonte. No tengo fuerzas para contestar [...].

En la banquina casi tropiezo con un pedazo de vidrio. A unos pasos se amontonan más ventanas rotas, astillas que se clavan en los pies y en el alma, como aquello de que ustedes son judíos pero son buenos, como decían nuestros vecinos de enfrente [...].

Las frases se desparraman, como los vidrios, por la vereda.

—Lo malo es que también murió gente inocente: albañiles, secretarías, vecinos que no eran judíos...

—Mire que yo trabajé para ellos, y eran personas muy amables [...] le digo que a mí me ayudaron mucho, y hasta me dio rabia lo que dijeron esos chicos que pasaban en moto.

—¿Qué dijeron?

—¡Que por qué no los matan a todos! [...].

Un jefe policial ordena desalojar la zona de curiosos y periodistas. La "aplanadora" de uniformados avanza por Pasteur con cara de perro, con paso firme y codo a codo [...].

—Corrasé, me intima uno. Lo esquivo. No tengo por qué hacerles caso, al fin y al cabo ustedes no hicieron mucho caso cuando me metían a golpes en el Ford Falcon sin chapas [...] —Primero vamos a acabar con los montoneros y después con ustedes. Recién entonces se va a poder respirar en este país —sólo voces y el eco en un subsuelo [...] Me susurran palabras en hebreo: que el entrenamiento militar en el *kibbutz*, que el nombre de mis *javerim*,

que la gente de mi *kwutzah*. La que no sabe hebreo soy yo, y es difícil aprender con ese voltaje que me sacude [...].

La potente explosión causó daños en varios edificios locales... eso se ve, lo que no ubico es la AMIA. Desde la esquina busco algún pedazo de mármol, alguna piedra [...]. Uno me señala ahí, ahí, y bajo el índice vislumbro cascos trepados a montículos de escombros [...].

Una montaña informe de escombros de diez metros de altura es lo único que quedaba de los siete pisos de la sede de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), media hora después del atentado terrorista que sembró la muerte en el barrio porteño de Once. Los socorristas voluntarios levantan los brazos para pedir silencio porque gripes de auxilio parecen levantarse desde las entrañas del derrumbe. Cualquier sonido puede servir de guía en la búsqueda, pero la histeria de la gente es más fuerte y se sigue hablando a toda vos (*El liberal*, 19/7/94).

[...] Desde entonces algunos se dan cita en una plaza, como ya es tradicional en la Argentina, para que no se olvide el olvido [...].

La calle parece una peatonal del terror escoltada por esqueletos de construcciones, salpicada con coches aplastados, ambulancias y una alfombra de barro [...]. Prendemos la tele y de golpe el mundo, que andaba a mil por hora, frena... *el ataque terrorista contra la AMIA dejó un centenar de muertos y más de 300 heridos*. El caleidoscopio de la muerte se congela en un humo que devora los colores de la ciudad (Nadir 1995, 32-37).

La explosión de la AMIA, once años después del fin de la dictadura, es un punto de inflexión, ya que tras este evento el discurso público y la prensa lentamente comenzaron a relacionar atentado y antisemitismo. Por otra parte, la relación íntima entre los crímenes cometidos durante y después de la dictadura por la misma policía —la de la provincia de Buenos Aires comandada por Ramón Camps y la provincial post-dictatorial— se volvió *vox populi*. Justamente a partir de estos avances en la percepción colectiva del tema, el abordaje crítico requiere que las señales invisibles, el silencio que siempre habla

su propio lenguaje, a menudo inconsciente (el presidente Menem enviando sus condolencias a Israel por los judíos que murieron en la AMIA, olvidando que eran argentinos), sean estudiados con mayor atención que las manifestaciones antisemitas que saltan a la vista.

Para Kaufman el ataque a la AMIA marca un quiebre en la historiografía lineal de persecuciones que Hannah Arendt deploraba como historiadora en *Los orígenes del totalitarismo*. De hecho, hubo un quiebre anterior: Auschwitz introdujo en la historia del pueblo judío una brecha, inauguró algo de tal gravedad que provocó la aparente muerte de la palabra “antisemitismo,” que no pudo ser pronunciada como antes, se volvió un insulto impronunciable, una suerte de aprobación del exterminio. Pero, aunque esta palabra remita directamente al aniquilamiento, hay maneras de recobrar algo tan desagradable que resulta indecible. La negación del Holocausto representa el esfuerzo por devolverle al antisemitismo su visibilidad en términos que remiten a la etapa de preguerra. Quienes difunden estas ideas ya no son vistos como criminales sino como personas respetables: Robert Faurisson, uno de los ideólogos de esta “corriente” es un profesor de literatura en la Universidad de Lyon. Sus investigaciones en relación al destino de los judíos lo llevaron a negar la existencia de las cámaras de gas —a su juicio un invento del cual se benefician el Estado de Israel y el sionismo, y cuyas víctimas principales son el pueblo alemán y el palestino. La bomba en la AMIA representa la vuelta a un antisemitismo que resitúa el problema en un escenario anterior a la *Shoá*, al igual que las investigaciones de este “académico acreditado” que emite sus conclusiones negando no sólo el Holocausto sino el peso que la palabra antisemitismo arrastra sobre todo desde entonces (1998).⁹

Este atentado, además, habla de un conflicto internacional que no pretendemos ignorar: “El asesinato de Abbas Musawi, asesinado

⁹ En la Argentina se retomaron escenarios que repiten el cuadro de persecución antisemita anterior a Auschwitz cuando, después de ocurrido el atentado, se colocaron pilares de cemento delante de las escuelas judías para protegerlas, con lo cual reapareció un símbolo de la vida del ghetto: la marca que separa a judíos de no judíos.

por un comando israelí se señala como la motivación del atentado, en el marco de una venganza por Hezbollah” (Lanata 1994, 92). De todas maneras, insistimos, urge centrarse en las condiciones locales que favorecen que ese tipo de venganza se lleve a cabo en nuestro país.

Tampoco nos abocamos al análisis del atentado a la Embajada de Israel, el 17 de marzo de 1992, porque hay enormes diferencias entre ambos. Este atentado golpea a un Estado, como podría golpear a cualquier otro: es un típico acto terrorista. El terrorismo contemporáneo exige un debate que excede los límites de este ensayo. Valga apenas un comentario de Roger Bartra en relación al tema:

Esas fuerzas, aunque con frecuencia actúan en nombre de una otredad externa y oprimida [...], emanan de las entrañas mismas de la civilización occidental moderna [...]. La forma más radical y virulenta de alteridad, el fundamentalismo musulmán que se confronta violentamente con la democracia liberal, es un proceso gestado totalmente dentro del espacio occidental. Por ello, la idea de un choque de civilizaciones resulta inservible para entender lo que sucede: la confrontación forma parte de un proceso interno a eso cada vez más difícil de llamar ‘civilización occidental’” (2003, pp. 77-80).

La bomba en la AMIA es una matanza de judíos por el hecho de ser judíos. Esta matanza indica, ante todo, el vigor que el antisemitismo tiene en nuestro país. Gracias a que la investigación de los atentados fue permanentemente frenada, recientemente se llegó a admitir que se trató de un ataque antisemita encubierto por el gobierno.

El fracaso de la utopía sionista

Este atentado actúa sobre la identidad judía en una dimensión que es independiente del Estado de Israel. Nos dice que el sionismo, aun después de 100 años de vida política e ideológica, no ha puesto fin a la larga historia de persecución antisemita. El sionismo, nacido de un impulso utópico, esperaba terminar con el problema de la

persecución, pero esta tragedia pone en evidencia sus limitaciones. Israel, si bien le agregó a la condición judía la dimensión –ausente durante siglos– de un territorio y un Estado, no bastó para modificar la situación de la diáspora. En realidad, lo que la fundación de un Estado nos ha permitido a los judíos diaspóricos es la posibilidad de un retorno en caso de repetirse la solución final. La existencia de Israel marcó un cambio en este caso extremo y poco probable, pero no resulta efectiva para protegernos en cualquier otra eventualidad.

El hecho es que hay una diferencia radical entre los imaginarios del judío diaspórico y el israelí, diferencia que no ha sido saldada con la creación del Estado de Israel. Baruch Kimmerling sostiene, en “Israel’s Culture of Martyrdom” (su reseña de *Death and the Nation: History, Memory Politics* de Idith Zertal), que el sionismo transformó las catástrofes de la historia judía en fábulas nacionalistas de heroísmo, victoria y redención. El libro en cuestión plantea que la forma en que los israelíes entienden su Estado y se ven a sí mismos está marcada por la obsesión con la muerte y el martirio. El capítulo central en esta construcción martiroológica sería el Holocausto, pero la historiadora se remonta a 1920, cuando el primer héroe de los judíos que se establecieron en Palestina dijo, antes de morir: “Es bueno morir por el propio país.” Esta afirmación es típica de todos los nacionalismos, pero no todos los judíos diaspóricos coinciden con ese ideario.¹⁰ Los conflictos entre judíos diaspóricos e israelíes

¹⁰ En el reciente *In the Shadow of the Holocaust* de Yosef Grodzinsky, comenta Kimmerling, se ejemplifica la confrontación entre los sobrevivientes del Holocausto y las agencias sionistas y emisarios que presionaban a los sobrevivientes para que emigren a Israel durante el período de la posguerra. A pesar de estas presiones y de la situación desesperada de los judíos abandonados a su suerte en Europa, o en campos de refugiados, apenas el 40% fue a Palestina hasta que los campos se desmantelaron. David Ben-Gurión (líder del movimiento sionista y primer ministro israelí) veía el futuro hogar judío como el único destino posible para los sobrevivientes, y el ejemplo de lo sucedido con el barco “Éxodo” muestra cómo su visión fue la que se impuso. La novela de León Uris, *Exodus* (1958), relata la odisea de 4.500 sobrevivientes de los campos alemanes que partieron hacia Palestina, en julio de 1947, como

se exacerbaron en los últimos tiempos, a partir de la israelización del judío diaspórico:

Allí donde la existencia de un estado nacional pudo haber sido pensada como reaseguro de las poblaciones judías de la diáspora, el desarrollo del conflicto político-territorial termina “estatalizando” –por no decir “israelizando”– a dichas poblaciones, sumergiéndolas en las amenazas del conflicto de estados que la misma existencia del estado pretendía disipar (Pelacoff 2005, 218).

Es evidente que el Estado argentino tampoco protegió a los judíos argentinos en esta eventualidad, más bien hizo todo lo contrario. Nuestro país resultó el escenario perfecto para un acto de guerra cometido por actores involucrados en el conflicto del Medio Oriente debido a que nuestro medio les permite a los ejecutores locales del atentado la más absoluta impunidad. Para ser más precisos: en nuestro medio un plan antisemita puede desarrollarse dentro de la estructura del Estado y de las fuerzas de seguridad. Según Obeid Eli, vicepresidente del Parlamento israelí: “Los mas críticos sostienen que hubo negligencia por parte del gobierno argentino” (Lanata 1994, 156). Las negligencias, más adelante, mostraron su verdadero rostro:

inmigrantes ilegales. Lo que se silencia es que, cuando las autoridades británicas impidieron el desembarco de la nave en Palestina, un líder sionista consiguió la autorización francesa para recibirlos como refugiados. Ben-Gurión (en ese entonces jefe de la Agencia Judía, el núcleo del Estado en formación) rechazó de plano esa solución: para él lo esencial era mostrar la lucha de los judíos por Palestina, para que se reconociera la necesidad de la creación del Estado israelí. La odisea de esta nave, que finalmente sirvió a la causa sionista, se conoce mundialmente, pero pocos saben que muchos de esos inmigrantes ilegales habían solicitado visas a los Estados Unidos, y que no deseaban particularmente instalarse en Israel. Este país estableció así su legitimidad para representar a los judíos del mundo, lo cual se acrecentó cuando se pidieron reparaciones a la República Federal Alemana. Ben-Gurión les otorgó ciudadanía simbólica a los seis millones de judíos exterminados, de modo que ganó el derecho a representar tanto a los judíos vivos como a los muertos (29-31). Sin embargo, muchos judíos de la diáspora no admitieron esta autoridad.

destrucción de pruebas para ocultar la propia participación. Estos aspectos han sido muy debatidos, y la conclusión es evidente: que la impunidad está enquistada en nuestro país. Lo que falta enfatizar es que esta impunidad transforma el acto antisemita en modelo de la vida simbólica de una cultura: un judío es alguien que puede ser perseguido y hostigado impunemente. Al demostrar que el antisemitismo puede provocar tamaña masacre en un lugar tan remoto del planeta este hecho nuestra, de un modo totalmente inesperado, que el argumento que resuelve el problema judío a través de la nacionalidad y el territorio ha fracasado.

El paradigma punitivo

La impunidad de los crímenes ha dado luz a su contrario. El mal menor de la módica juridicidad cierra el horizonte a otras posibilidades, esperanzas o deseos. *No se advierte la parcialidad e insuficiencia de la punición.* El esfuerzo necesario para exigir la punición agota las energías que requeriría disponer el espíritu para un marco más amplio. La punición, al aparecer como utopía, cierra el horizonte y empobrece la esperanza. [...]. El paradigma punitivo convierte la experiencia política, ciudadana, vital, en una búsqueda de individuos culpables, y así ingresa a un círculo expiatorio [...]. El paradigma punitivo se ha impuesto porque no disponemos de otro lenguaje que el de la objetividad de la prueba instruida en el sumario. Imposibilitados por ahora de *mirar atrás*, el futuro se presenta en forma de pesquisa (Kaufman 1997, 29).

La lucha por la reparación mediante la acción de la justicia comenzó después que los Juicios a las Juntas establecieron el poder de la ley como acto fundacional del Estado de derecho capaz de ejercer el justo monopolio de la fuerza. Desde entonces, pareciera que todos los eventos sociales deben interpretarse en términos de su significado para el Código Penal. Durante dicho juicio los genocidas fueron acusados de una serie de crímenes cuya enumeración puede encontrarse en los informes de *La Sentencia* y el *Diario del Juicio*. Siguiendo a Kaufman,

la caracterización del genocidio en términos de una distribución de penas para castigar hechos calificados desde la perspectiva legal abrió el camino para encarar eventos posteriores. Este recurso a la ley para abordar fenómenos históricos tales como el genocidio, la persecución y el asesinato político, si bien es importante, limita el perfil de la discusión. El punto principal del debate se vuelve la identificación del culpable, cuyo encarcelamiento ayudará a limpiar el aparato del Estado. Pero es evidente que los jueces no son independientes de dicho aparato, con lo cual los clamores de justicia se ven frustrados una y otra vez. Los mínimos éxitos sirven para incentivar más presiones por parte de las víctimas, quienes siguen abocadas a responder a los requerimientos de evidencias (aun cuando la policía y el gobierno estén involucrados en su destrucción). Si bien la contienda legal es una de las formas posibles de presión social ¿por qué reducir a esta modalidad todo el espectro de posibles formas de resistencia? Esta pregunta parece no formularse en nuestro país con suficiente insistencia: la recuperación de la vida ciudadana está regida por la metáfora de la criminalidad y el consecuente castigo penal, lo que deriva en una limitación a la hora de encarar cualquier relación entre pasado y presente. Ningún tipo de exclusión se soluciona cazando culpables (en este caso antisemitas), como si fueran portadores de una plaga que se pudiera neutralizar manteniéndolos detrás de las rejas.

De todos modos y para no esquematizar, no se trató, textual y abiertamente, de cazar antisemitas: las demandas de organizaciones como Memoria Activa no se articularon en estos términos. La suya, como muestra Javier Pelacoff, fue una opción universalizante; en lugar de optar por ese significante privilegiado para definir el ataque,

[...] los afectados optaron por hacer 'reclamos de justicia', lo cual posibilitó su articulación con otras demandas sociales con las que presenta un parentesco [...]. En tanto demandas de justicia cuya exigencia de responsabilización involucraba a distintas instancias del aparato de Estado [...] resultaron en fuertes cuestionamientos a las fuerzas de seguridad [...].

En la medida en que el contenido de la demanda es formulado en términos de derechos y garantías individuales, ni la identidad

del colectivo demandante ni el contenido de la demanda adquieren su estatuto en virtud [a] dichas referencias identitarias (2005, 224).

La pregunta que surge es: ¿no se silencia así el eje del acontecimiento, al realizar una demanda en términos que no responden a la especificidad del ataque? ¿La estrategia universalizante no estaría reactualizando la limitación que ya se vivió durante el Juicio a las Juntas, cuando se invocaron una serie de crímenes individuales a falta de un lenguaje que nombrara el horror en su total dimensión, como "crimen de lesa humanidad"? Someterse a las limitaciones que marca la ley o a las que marca el parentesco del reclamo social, ¿tiene que implicar la no-mención de que este ataque fue una matanza de judíos? ¿Acaso lo particular se opone a lo universal?

En la Argentina parece, aunque se declare lo contrario, que se sigue propugnando una suerte de cultura homogénea, que absorbería las diferencias (en suma, un magma donde todos los gatos son pardos). Enzo Traverso afirma, en relación a los judíos de Alemania, que "una verdadera simbiosis suponía una sociedad plural [...]" (2005, 15). En una sociedad plural se aceptaría la *alteridad* de los judíos sin desconocer la universalidad de sus reclamos; en una sociedad plural los mismos judíos aceptarían sus propias *alteridades*, sin desconocer (y por ende excluir) que las identidades son siempre múltiples. En una sociedad plural los ciudadanos discernirían los vaivenes del discurso e identificarían los relatos autoritarios y antisemitas. En una sociedad plural el antisemitismo no podría permanecer siempre presente, nunca admitido.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. *Lo que queda de Auschwitz: el archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Buenos Aires: Pre-Textos, 2000.
- Anderson, Martin Edwin. *Dossier Secreto: Argentina's Desaparecidos and the Myth of the Dirty War*. Boulder: Westview Press, 1993.
- Bartra, Roger. "El extranjero como simulacro. Las redes imaginarias del terror político." *El otro, el extranjero*. Blanck-Cereijido y Pablo Yankelevich (comp.) Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2003.
- Cacciari, Máximo. "Jabés en el judaísmo contemporáneo." *Confines* 2 (1995), 133-138.
- Ciancaglini, Sergio y Granovsky, Martín. *Nada más que la verdad: el juicio a las Juntas*. Buenos Aires: Planeta, 1995.
- Diner, Dan. "Restitution and Memory, the Holocaust in European Political Cultures." *New German Critique*, número 90, otoño de 2003.
- Feitlowitz, Marguerite. *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture*. New York: Oxford University Press, 1998.
- Frontalini, Daniel y Caiati, María Cristina. *El mito de la guerra sucia*. Buenos Aires: Editorial CELS, 1984.
- Herrera, Matilde y Tenenbaum, Ernesto. *Identidad: despojo y restitución*. Buenos Aires: Contrapunto, 1990.
- Kaufman, Alejandro. "Notas sobre desaparecidos." *Confines* 3:4 (1997), 29-34.
- . "Desaparecidos." *Confines* 2:3 (1996), 33-44.
- . "Aproximaciones para una caracterización del antisemitismo de fin de siglo." *Violencia social y derechos humanos*. Inés Izaguirre (coordinación y compilación). Buenos Aires: Eudeba, 1998.
- Lanata, Jorge y Goldman, Joe. *Cortinas de humo: una investigación independiente sobre los atentados contra la embajada de Israel y la AMIA*. Buenos Aires: Planeta, 1994.
- Lvovich, Daniel. *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Galerna, 2003.
- Nunca Más. Reporte de la Comisión Nacional para la desaparición de personas*. Buenos Aires: Eudeba, 1984.
- Nadir, Nora (alias de Nora Strejilevich). "Crónica de una muerte no anunciada." *NOA* 10 (1995), pp. 32-37.
- Pelacoff, Javier. "Los escombros que quedan: Dimensiones Político-sociales del atentado a la AMIA." *Índice*. Buenos Aires, septiembre de 2005, pp. 215-229.

- Rouquié, Alain. *The Military and the State in Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1989.
- Senkman, Leonardo. *El antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1989.
- . *El legado del autoritarismo. Derechos humanos y antisemitismo en la Argentina contemporánea* (compaginado con Mario Sznajder). Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano; Jerusalén, Harry S. Truman Institute of the Hebrew University of Jerusalem, 1995.
- Strejilevich, Nora. *Una sola muerte numerosa*. Miami: North-South Center, 1997.
- . "Terror in Argentina." *Crime and Social Justice* 30 (1987), pp. 104-111.
- Timerman, Jacobo. *Preso sin nombre, celda sin número*. Nueva York: Random Editores, 1981.
- Traverso, Enzo. *Los judíos y Alemania: ensayos sobre la simbiosis judío-alemana*. Valencia: Pre-Textos, 2005.
- "A Survey of Anti-Semitism," *The Jewish Advocate*, Enero 5, 1978, p. 23.
- Verbitsky, Horacio. *La posguerra sucia: un análisis de la transición*. Buenos Aires: Editorial Legasa, 1987.
- Viñar, Marcelo. "El reconocimiento del prójimo. Notas para pensar el odio al extranjero." *El otro, el extranjero*. Blanck-Cereijido y Pablo Yankelevich (comp.) Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2003.
- Periódicos: *La Nación*, *Página/12*.
- Artículos seleccionados del "Prison Project" (New York, Biblioteca B'Nai Brith).